**Sonora una historia compartida**

**Cynthia Radding de Murrieta**

**Juan José Gracida Romo**

**(Las bases productivas de la economía) pág. 42**

Las familias que se apropiaron de haciendas y ranchos en las cuencas fluviales y en el agostadero se dedicaron principalmente a la agricultura y ganadería.

Estimaban el valor de sus propiedades no solo por el área de la tierra sino también, por el numero de”bienes semovientes” (animales que “poblaron” el matorral y que eran herrados en cada corrida).

El ganado vacuno, mular y caballar constituyó la columna vertebral de la economía rural de Sonora. Característica común de todos los estados del norte mexicano.

El mercado para las mulas comprendió las regiones fronterizas de México y los Estados Unidos para su uso en el transporte terrestre y en la industria minera. Los rancheros sonorenses vendieron caballos y granos a los presidios y durante la guerra con los Estados Unidos, a los regimientos militares de ambos países. Del ganado vacuno se produjo carne seca, pieles, jabón y velas en las estancias y los pueblos. Los productos circulaban en los mercados regionales y constituían una parte importante del sector de exportación. En contraste, la leche y el queso siguieron siendo productos de autoconsumo de la dieta de los campesinos

(Las condiciones especiales de la frontera hacían diferentes el ambiente político de Sonora del de Sinaloa. Debido a la guerra incesante con los apaches, los gobernantes de Sonora definieron de nuevo sus relaciones con la autoridad central. Si bien los intereses comerciales ligados directamente con el puerto de Guaymas, con Mazatlán en el gobierno de Sinaloa, exigían bajos aranceles y mínima intervención del gobierno en la administración cotidiana (para mejor aprovechar el contrabando), los hacendados y rancheros, cuyas propiedades estaban expuestas a las incursiones de los nómadas, reclamaron las medidas necesarias para su defensa. Por consiguiente, sostener una fuerza militar con tropa pagada, armas, municiones y caballería para mantener a raya a los apaches, requería de un gobierno estatal con recursos financieros suficientes y el poder de cobrar aranceles e impuestos pág. 50)

La guerra contra los apaches, quienes aprovechando la guerra y la bancarrota del estado intensificaron sus ataques y robos, y provocaron el abandono y el aislamiento de la frontera norte y el noroeste del estado, manteniendo de esa manera improductivas las actividades ganaderas, agrícolas y mineras de la región. Pág. 66

Después de la renuncia de Porfirio Díaz a la presidencia de la república. El 21 de mayo de 1911, José de Paula Morales entra a la capital del estado el día 22 de mayo, una vez que los porfiristas renunciaron y salieron rumbo a los Estados Unidos. De Paula es nombrado gobernador interino el 29 de mayo de 1911 pág. 139

**Tierras Mexicanas Louis Lejeune**.

Si se intuye la vecindad de indios sospechosos no deben hacerse grandes fogatas, pues denunciarían a quince leguas la presencia del hombre y sus bestias. Durante la noche estas se apartan del campamento y, si alguien las roba, no es improbable volverlas a encontrar si bien la búsqueda de mulas resulta el deporte más duro que se conozca. Pág. 30

Hay que contar con buenas armas: escopeta en el equipaje, Winchester en la silla de montar y un buen cuchillo. Debe llevarse también una buena silla de montar hecha a la medida. La silla mexicana vale más que ninguna otra para la montaña. Pág. 30

Se recomienda buscar un caballo de paso seguro, alargado y muy bravo. Debe ser gordo al partir pues un caballo gordo no se lastimo y puede cruzar, sin sucumbir, cualquier extensión de malos pastizales. Pág. 31.

La selección de la ropa es muy importante; en el noroeste de México el clima es tan bueno casi todo el año, que puede adoptarse la chamarra de gamuza de los rurales. Pág. 31

Los efectos personales y objetos de aseo se colocan en un cilindro de lona que hay que amarrar con cordones de cuero. Es el mejor veliz para viajar con mulas de carga. Pág. 32

Las buenas mulas de montaña cuestan dos veces más que los caballos. Así que se cuidaran y tomaran grandes precauciones para no lastimarlas. Su carga normal alcanza 300 libras, pero para avanzar rápido hay que reducirla a 225. Pág. 32.

La Pradera en Sonora, cerca de la frontera. El sol se pone detrás de los pinos de la sierra azul. Los caballos pastan, las fogatas se prenden, el campamento se siente alegre hoy; vaqueros de Cocospera en busca de ganado extraviado, el jinete que algo tiene que ver con el contrabando y dos buscadores de cobre se unieron a mi tropa. Asamos trozos de venado y tomamos café espeso. Pág. 36

Los indios nómadas papagos y apaches, supuestamente cristianos, criaban caballos y cazaban en los grandes territorios que consideraban suyos. De vez en cuando ocurría un robo o un asesinato. Pág. 36.

Después de la expulsión de los jesuitas y la ruina de las misiones, aventureros blancos violaron los derechos de cacería de los indios y robaron caballos. Hubo enfrentamientos y los asesinatos se volvieron frecuentes. La situación empeoro hacia 1820, cuando después de la guerra de independencia, criminales que habían escapado de los presidios dieron a los indios ejemplos terribles. pág. 37

En pocos años las haciendas fueron destruidas, las minas abandonadas y, en las montañas boscosas y los valles encajonados del alto Sonora una región tan grande como la cuarta parte de Francia y propicia para las emboscadas, no quedaron más que algunos miles de blancos agrupados en cuatro o cinco aldeas Santa Cruz, Bacoachi, Fronteras, Bavispe, todas situadas en altas terrazas desnudas desde donde se podía vigilar la campiña. Para sembrar y cosechar en los valles, al pie de los pueblos. Bajaban grupos armados y se apostaban centinelas. Todo hombre aislado estaba perdido. Para ir de un poblado a otro se tomaban las precauciones de una tropa en país enemigo y, a veces, una caravana entera desaparecía.pag 37.

Sobre los caminos del distrito de Arizpe y de Moctezuma, en múltiples lugares aun se observan montoncitos de piedras que indican el lugar de un asesinato. Quienes encontraban un cadáver, cavaban rápidamente un agujero, cubrían el cuerpo con “raquetas” de cactus para protegerlo de los coyotes, y amontonaban algunas piedras encima. Si sobre las piedras se erguía una cruz, los muertos eran mexicanos; si no había cruz, americanos. A veces, sobre una piedra, se leía esta inscripción en ingles: “Killed by the indians. Tortured and killed by the Indians.” [Asesinado por los indios. Torturado y asesinado por los indios.] pág. 37.

Al examinar el entorno de estas tumbas, descubrimos la táctica de los apaches. Casi siempre atacaban en un lugar descubierto, a la salida de un desfiladero y cuando los viajeros, creyéndose fuera de peligro, bajaban la guardia. Pág. 37.

El general Crook relataba como sesenta apaches, emboscados sobre un terreno plano cubierto con un pasto de un pie de alto, resultaron invisibles para un convoy militar que paso a su lado. Con la cabeza y los hombros cubiertos de hierbas y el cuerpo embarrado de arcilla, vigilaban sin moverse bajo el duro sol de verano durante días enteros. Cuando se acercaban a un campamento o un rancho, lo hacían arrastrándose con los movimientos lentos y elásticos de una cascabel, la serpiente de la región. Pág. 37.

Raras veces los apaches desperdiciaban un cartucho; sabían abstenerse, no disparar aun dentro del alcance del arma si no estaban seguros de poner a los viajeros fuera de combate desde la primera descarga. Responder al fuego podía causar la muerte de uno de los suyos, y tal pérdida no podía ser compensada ni con la muerte de diez blancos. Así, cuatro o cinco jinetes pasaban impunemente sin saberlo delante de cuatro o cinco apaches emboscados. pág. 38

Los apaches no daban cuartel pero, con frecuencia, antes de matar a sus prisioneros los conservaban con vida algunas horas y los “calentaban” o mutilaban para sacarles información o para divertir a las mujeres. Azotaban contra un tronco la cabeza de los niños. A veces perdonaban la vida a niños y niñas de entre ocho y doce años y los acostumbraban a la vida salvaje, pero eliminaban a aquellos que los servían mal o trataban de huir. Pág. 38

En semejante guerra la ciencia de las huellas era indispensable. Los hombre de la frontera que la adquirieron en tiempos de Gerónimo, sorprenden por su certeza y velocidad en la cacería. Pág. 40

Los apaches complicaban las dificultades de la persecución pues cada uno huía por su lado y cruzaba y volvía a cruzar su propio camino. Su cita se hallaba a 42 o 50 leguas del punto de partida. La cambiaban cuando era necesario, en plena marcha, avisándose con señales: marcas sobre la corteza de un sicomoro, nudos en mata de juncos, piel de rata colgando de una rama… escondidos entre las rocas algunos hacían fuego y huían hacia las cimas sabiendo que la primera señal de alerta, la vanguardia se detendría para esperar a la columna. Pág. 40.

Los apaches no eran exclusivamente jinetes como los nómadas de las planicies de Texas y Coahuila: los comanches. Estos libraban auténticos combates, cargaban contra el enemigo. Bravos al estilo de los blancos, perecieron antes que los apaches. Si estos últimos resistieron hasta 1886, es porque caminaban como montañeses y sabían esconderse. Su centro de resistencia era la alta sierra que separa Sonora de Chihuahua. En la montaña cazaban a pie; para sus asaltos en las planicies utilizaban caballos robados a los rancheros o los mustangos que desde la ruina de las haciendas ganadera se reproducían en libertad, y tan numerosos que se podían matar sin cuento. Sus amos de un día les exigían esfuerzos excesivos y usaban como espuelas cuchillos amarrados a los talones. El caballo que abandono un americano después de recorrer 20 leguas, lo volvió a montar un mexicano durante diez más, y aun recorrió otras diez con un indio encima antes de morir. Cuando el animal se hallaba por completo agotado, el apache obtuvo todavía un último servicio: sin rematarlo, le cortaba trozos de carne, pues prefería la carne de caballo a las presas que le hubieran costado cartuchos, aquellos preciosos cartuchos que solo encontraba sobre los muertos. En la frontera todo el mundo carga Winchester y revolver del mismo calibre, de modo que durante una expedición puedan renovarse sus municiones, sea comprándolas o hurtándolas. Pág. 41.

Durante su última campaña, Gerónimo, a quien los hurtos ya no bastaban, se arregló con unos out- laws del valle de San Simón, en Nuevo México, a quienes pagaba los cartuchos con los despojos de aquellos que había matado. Pág. 41.

En Sonora el campesino moría asesinado en sus propias tierras al tratar de salvar las últimas reses o la última cosecha. Pág. 41

Los gobiernos de los estados de Chihuahua y Sonora ofrecían recompensas de 200 pesos en ciertos años hasta 300 por cada cabeza apache. No obstante, para ganar la recompensa, era necesario ver al apache antes de ser visto por él; el caso resultaba muy raro. Pág. 42.

En 1836 la recompensa en México era de 200 pesos por scalp = cabeza. Pág. 43.

Cierto que se había ocupado el territorio “apache” quiere decir “enemigo” en lengua maricopa. Formaban parte del grupo más meridional de los tinneh, que los blancos llamaban “pieles rojas”. Lo que sabían de su historia se limitaban a que desde siempre habían recorrido los campos cazando y matando a voluntad en llanos y montañas, que nunca habían irrigado la tierra ni sembrado maíz ni esperado a que la planta y la ternera crecieran para comerlas. Pag 48

Ahora estos nómadas veían cada día el mismo horizonte, contestaban a los llamados para el reparto y pasaban largas jornadas acuchillados delante de sus chozas. Esta vida de vencidos les resultaba muy dura. Se les animaba a criar caballos, pero no dominaban las ganas de comérselos cuando se retrasaba el reparto de carne. Además, ¿de qué sirven los caballos cuando se es prisionero? Incluso engordarlos y venderlos… ¿de qué sirve el dinero cuando el mezcal ha sido prohibido? Pág. 48

Confusos, veían las sierras mexicanas, los osos, las manadas de venados, los arrieros que subían por las cuestas y que pronto caerían en una emboscada. Pág. 49.

Cualquier día doce o quince hombres de la misma tribu se ponían de acuerdo y, al caer la noche, sigilosamente pasaban a cuchillo a los guardias del puesto de vigilancia, tomaban sus armas y municiones y huían. Cruzaban las mesetas pedregosas hacia el sur del Gila. Marchaban hacia México. pág. 49

El desierto de Arizona se había poblado durante su estancia en la reservación. Quiero decir que algunos pioneros, tranquilizados por los periódicos, se habían establecido aquí y allá, cerca de los manantiales, en las áridas soledades. Algunos cowboys vigilaban el ganado en los valles de San Pedro y San Simón. Tombstone se convirtió, en apenas dos años, en una ciudad de ocho mil almas. De ahí partían los mineros en dirección a las montañas del Dragón. De Huachuca, de Chiricahua(en Estados Unidos) y hacia Cananea y la Sierra Azul (en México). Todo este ganado humano había vuelto a poblar las tierras de caza apaches. Pag 49

Desde la primera noche los renegados así llamaban a los fugitivos en la reservación asaltaban un rancho, mataban al hombre en el cañón, a la mujer y a los niños en la casa y se aprovisionaban. Más lejos, mataban al inmigrante y a su esposa venidos desde Texas y que cruzaban la pradera en un carro cubierto con una lona y jalado por dos caballos desparejados. El día siguiente resultaba mejor: asesinaban a un gambusino en su hoyo, a media docena de reses y a un contrabandista vinatero que cargaba mezcal en su burro. Al otro día cruzaban la frontera y estaban en casa, en Sonora. Pág. 49

El capitán Bullis, apodado Whirlwind (remolino), jefe ordinario de estas expediciones, detenía con toda corrección a sus hombres en la frontera, en un punto en el cual se podía trazar visualmente una línea este-oeste, entre una columna encalada y otra igual. Saludaba a la imaginaria bandera mexicana que flotaba en el aire y, a paso lento, traía de regreso a sus hombres. Pág. 50.

De inmediato el periódico de Tombstone pegaba grandes gritos (Tombstone significa “lapida” y su periódico se llama el epitafio). Los ciudadanos, reunidos en idignation meeting, organizaban un cuerpo expedicionario, los Tombstone Toughs, con la misión de ir a linchar a todos los prisioneros de San Carlos y a celadores. Los Toughs llegaban hasta el pie de la montaña del Dragón, observaban en el termómetro la temperatura de 45 grados a la sombra, y regresaban tranquilos a Tombstone. Pag 50

Pero las fugaws de apaches se volvían tan frecuentes que era ya inaplazable ocuparse de Arizona y Sonora, tanto en Washington como México. Ambos gobiernos firmaron un convenio y las tropas americanas adquirieron el derecho de emprender persecuciones en territorio mexicano. Pág. 50

Los seis caballos fueron hurtados entonces a las tropas americanas o robados del rancho de Corbett, de lord Delaval Beresford, o de Hearst en Bavicora. Robados, ¿por quién si no por los apaches? Sin duda Gerónimo está delante de nosotros reúne sus destacamentos en las Tarraizas. Pág. 57.

Cuatro caballos pastan a 100 metros. Crispin, Charlie y los arrieros los atrapan con sus lazoz después de una corta persecución. M. reconoce sus hierros, son de la hacienda de Corralitos